

SESIONES PÚBLICAS DE BALANCE Y PERSPECTIVAS

LÍDERES DE IZQUIERDA

10 DE JUNIO DE 2003 P.M.

Doctor Henry Pease García

Señor Presidente y señores Comisionados, amigas y amigos. Yo no puedo hablar a nombre de una organización. No fui parte de ningún partido, tampoco me definí marxista o marxista leninista. Fui parte sí de una izquierda que quería un socialismo democrático y encontré en la alianza electoral IU un camino en esa dirección.

Yo voy a tratar de responder las tres preguntas que me pusieron por escrito comenzando por una anécdota. Me invitaron a última hora, el día de la inscripción, a ser candidato a Teniente Alcalde en 1983 con Alfonso Barrantes. No tuve tiempo de discutir con él mucho, había que inscribir la lista. Había tenido muy poca relación directa con él, conocía a la mayor parte de gente de izquierda, habíamos tenido muchas actividades académicas en las ciencias sociales de entonces y de ahora, muchos de los temas del marxismo más allá de los aspectos estrictamente ideológicos o programáticos estaban presentes, eran estudiados, eran debatidos. Y yo quise tener una conversación a solas, aunque fuera después. En mi escritorio yo tenía la colección de la revista *Oiga*, y en esa revista había una entrevista que le habían hecho años atrás en la cual él se proclamaba estalinista. En la conversación que luego sostuvimos, yo le mostré la revista, le hice un comentario y le dije: «Éste para mí es un punto límite». Pero le dije: «Hay uno mayor y es que mi apreciación» —hablo de fines 83 o principios del 84— «es que hay vacilación frente al problema de Sendero Luminoso». Yo no tengo la menor duda de que IU y los partidos que la integraron son absolutamente diferentes de SL porque dieron un paso que era una apuesta por el régimen democrático. Sin embargo, sí creo que hubo vacilaciones de distinto nivel, desde la justificación de hechos hasta la debilidad en la crítica. Vacilaciones que evidentemente las usó muy bien el gobierno o los gobiernos o los sectores más duros y por eso le hice esa pregunta. Barrantes me contestó rotundamente que él estaba contra toda vacilación y que avanzaríamos por ese camino. Yo creo que se avanzó en ese camino y que el congreso de Huampaní fue, incluso en algunas partes de sus documentos, un avance. Pero, ciertamente, hay una suerte de constataciones que hoy podemos decir pero no ha cambiado lo que fue la realidad.

Indudablemente, la violencia es fruto de la exclusión. No hay exclusión que de alguna manera no llegue a la violencia, salvo que disperse absolutamente al excluido. El Estado Oligárquico podía facilitar la exclusión por las mediaciones semiserviles y hasta por el liderazgo, por llamarlo así, que ejercían paternalmente los gamonales, pero era una sociedad incomunicada. Esa violencia, hija de la exclusión, se trasladaba también a las relaciones al interior de IU. La violencia comienza con la palabra, por ejemplo, yo recuerdo muchas veces: «Hay que zanjar». ¿Qué cosa es zanjar? Abrir una zanja meter al otro adentro y tapparla. ¿Ésa era la lógica de una discusión? Nuestra madurez, entre otras cosas, provenía de que acá no habíamos tenido ninguna experiencia democrática. Yo escuche al ex Premier Trelles decir, por ejemplo, que la mejor experiencia democrática había sido la República Aristocrática, los años entre 1895 y 1919, que Jorge Basadre llama así. Ella no solamente no representaba al país sino que era el feudo de los aristócratas manejado con reglas, sí había sido un período de reglas. En ese sentido: sí, cuando en los sesenta hablamos de democracia formal lo decíamos con claridad, pero también de ahí nos fuimos al extremo de decir: «democracia formal no, mejor democracia directa». El tema de las instituciones es un tema acerca del que no se había reflexionado en esa época, y eso es fundamental. Eso creo que «recomplementa» la afirmación que hago de que los partidos que

conformaron IU no solamente confrontaron con SL y tuvieron muertos, sino que eran otra puesta en la que podían haber vacilaciones; había un énfasis en la lógica y en la prioridad de la lucha armada para muchos de sus dirigentes y militantes que, sin embargo, estaban en la vía electoral, estaban gobernando municipios, estaban ejerciendo en el Parlamento, y al mismo tiempo estaban bajo un régimen no institucionalizado de democracia donde el poder al final se imponía siempre a las patadas.

Para cerrar este primer punto quiero recordar la más grande movilización política que haya habido en Lima: la Marcha por la Paz que convoqué como candidato de IU el día en que SL anunció un paro armado. Esa marcha por la paz que contó con la adhesión de todas las fuerzas políticas y de todo tipo de instituciones, ha sido la más grande manifestación pública hecha en el Perú; más grande que la que había sido la anterior más grande que había sido la Marcha por las Malvinas. Y eso no es una casualidad, y es que hay un proceso en el cual se va acentuando la diferenciación, pero también la crítica, el cuestionamiento. La pregunta central era: ¿cuál era el lema central de esa marcha? «No matarás ni con hambre ni con balas». Eso es importante decirlo porque yo recuerdo en los primeros años de SL y del gobierno de Fernando Belaunde Terry haber escuchado decir: «hay que usar a SL para acabar con la izquierda», «hay que usar a SL para acabar con eso que botó al gobierno militar». Y eso era parte del pensamiento de derecha en el Perú en ese momento, y eso era algo frente a lo cual nosotros reaccionamos. Pero el «no matarás ni con hambre ni con balas» era una opción clara que nos diferenciaba de SL. Y yo sostengo que allí comenzó su derrota política fuera de las que al interior de las discusiones de los partidos de la izquierda hubiera tenido antes.

En la segunda pregunta, se me pide un balance de las organizaciones de izquierda y la lucha armada como vía legítima de acceso al poder en la década del ochenta. En mi opinión no soy la persona indicada para hacer el balance de las organizaciones de izquierda, sí puedo decir que yo no me inscribí en ningún partido de izquierda en la década del setenta ni en los ochenta porque ése es un punto que yo no suscribía. Ése es un punto que estaba muy presente, sin embargo, no me hacía olvidar que el resto que yo veía en la escena política estaba del otro lado de la mesa; y es que el problema central es el del problema de la exclusión, que hoy día se da de otras maneras. Friedrich Von Hayek, uno de los padres del neoliberalismo, declaró aquí en Lima que uno de los últimos legados que quería dejar a la humanidad era convencer que es demagogia hablar de justicia social, porque hasta eso es un problema del mercado. Revisemos la década del noventa, revisemos incluso los fundamentalismos de hoy, y veamos ese casino mundial en que se ha convertido la economía, donde parece que es muy bueno y muy servicial para el bien común que simplemente el dinero cree dinero y que la especulación esté creando una serie de males a millones de personas en la crisis asiática y otras más. Esto lo sostenía hace poco el director de la *Le Monde Diplomatique* en un programa de televisión donde no se le entendía lo que quería decir. Y es que el fondo del problema del Perú, es el problema de cómo salir de una sociedad excluyente, en todas sus dimensiones de cómo salir de la pobreza.

Se ha dicho muy bien lo que significa Ayacucho y la sierra en general con relación al desarrollo de otras partes del Perú. Creo que eso me libera de mayores comentarios. Lo que sí puedo señalar es que nos falta mucho para poder hablar de democracia. Yo sostengo que la IU y los partidos que la integraron fueron un gran avance en democracia. Pero en esa época e incluso ahora, todavía se entiende la política como confrontación, no como concertación. No conozco democracia existente en el mundo donde la lógica sea la lógica del enemigo y no la lógica del competidor. Y eso es parte de los problemas políticos actuales y es parte de los problemas políticos que vivimos entonces. Porque yo recuerdo reacciones cuando, por ejemplo, con Barrantes íbamos a saludar a los familiares de militares asesinados. Y es que claro que hemos denunciado el terror de Estado pero eso no significaba dejar de lado la denuncia enérgica de lo

que originó ese terror de Estado; aunque detrás de ambos esté una realidad social que explica y no justifica lo actuado.

Me falta un punto, el papel de la izquierda en los derechos humanos. Creo que lo que he dicho señala un derrotero. El derrotero es que se defendió fundamentalmente a la gente afectada por el terror de Estado; y me acuerdo del razonamiento: el Estado tiene sus mecanismos para defenderse de quienes violan la ley y como tales son perseguidos. Otro factor es que se negaba la existencia del terror de Estado y había una cadena sistemática de impunidad. La impunidad no nació en el gobierno de Alberto Fujimori, ni en la Ley de Amnistía de Fujimori que combatimos hasta las tres de la mañana y que, me acuerdo, amnistió a todos los que hubieran sido condenados, por ejemplo, en la matanza de los penales y de 1980 para acá. Por tanto, cumplió lo que corresponde a la lógica de impunidad.

Pensando en el futuro lo único que puedo decir es que las condiciones estructurales no han cambiado. Que la reparación tiene que producirse desde un Estado pobre, famélico; pero que tiene que hacerlo en gestos, en especies y en dinero donde sea posible. No creo que los casos emblemáticos que han dado cheques bastante grandes sean generalizables. Pero creo que es un punto que no se puede dejar de lado y es parte esencial del proceso de reconciliación. Creo también que todo lo que hemos vivido puede repetirse, y puede repetirse no sólo por lo que ha pasado ayer, sino porque aquí sigue habiendo exclusión, miseria, racismo y enorme falta de solidaridad. Y esos componentes no son componentes de una democracia porque generalmente las democracias han estado compuestas por las clases medias. A los europeos, la experiencia de Adolfo Hitler y Benito Mussolini les enseñó que tenían que compartir si querían democracia y por eso nació el Estado de Bienestar. Muchas gracias.